

EL Destino, el Sino, el Hado, la Fatalidad ó la Suerte, el *Ananque* de los griegos, el *Fatum* de los romanos, ha sido el eje, el quicio, de la concepción y del sentimiento trágicos de la vida. ¿A qué repetir una vez más que toda la tragedia griega está penetrada por ese sentimiento y esa concepción de la Fatalidad?

En el teatro cristiano—el inglés de Shakspere, el nuestro, el castellano, de los grandes maestros del siglo XVII—ese Hado parece que se templó por el sentimiento del libre albedrío humano. Pero fijémoslo bien y veamos si ese libre albedrío, si esa libertad, no es un nuevo sino, una nueva fatalidad.

Muchas veces he pensado si la concepción cristiana del libre albedrío humano, tal cual nos la presentan después de la caída de nuestros primeros padres, no es otra forma de la Fatalidad. La libre voluntad, el libre albedrío de los héroes del teatro cristiano—cuando le tienen y ejercen, que no es siempre—es una terrible forma de fatalidad. Hay alguno de ellos cuya verdadera tragedia es no poder dejar de ser libre de ese modo. Recordad á Hamlet. ¿Y á cuántas reflexiones no se prestan aquellas palabras del Segismundo de *La vida es sueño*,

«¿Y teniendo yo más alma
tengo menos libertad?»!

La lucha del Destino contra la libertad es el nervio de la tragedia toda de la vida. O mejor aún, el problema del Destino, del Destino humano, es el fondo de la tragedia de la vida. Lo que hace trágica toda la vida humana, toda verdadera vida que sea verdaderamente humana, es el presentimiento, es la visión ó la no visión íntima del Destino.

Poro no es de este Destino así, de este Destino trágico, con letra mayúscula, del que ahora quería decirlo algo. De ese Destino nunca puede decirse bastante. Y todo lo que de él se diga es como si no se dijera nada. Pero estamos trágicamente destinados á no poder no pensar en él. Es del otro, del destino con letra minúscula, del destino minúsculo, del cómico, no del trágico, del que quiero hablaros aquí ahora. ¿Cómico? No, no tan cómico. En cierto sentido, tan trágico como el otro.

Sales, lector, de presenciar una de esas augustas tragedias que repercuten á través de los siglos, *Edipo Rey*, ó *Hipólito*, ó *Macbeth*, ó *Otelo*, ó *María Estuardo*, ó *La Estrella de Sevilla*, ó *Don Alvaro*, ó *Los espectros*, y al salir, pensando en el terrible todopoderío del Destino, un amigo, llevado de una asociación de ideas puramente verbal, de una identidad de vocablos, te dice: «¿Sabes?, á Fernández le han dado un destino en Hacienda». La caída mental es tremenda.

Desde aquel altísimo, celestial Destino te encuentras de pronto ante un destino...! en Hacienda, ó en Fomento, ó en la Tabacalera!

A este destino minúsculo se le puede disminuir, llamándole un destinito. ¡Un destinito de ocho mil reales con descuento!

Y este destino minúsculo es para muchos todo el Destino humano. En torno á ese destino se devana la comedia de su vida. «Cómo se va á casar si no tiene todavía destino...», se dice uno. ¡No tiene todavía destino! Pero en cuanto á alguien le han destinado ya á algo parece que no tiene más en que pensar.

¿Qué es en España un político? Un señor que reparte destinos. ¿Y qué es un ciudadano? Es decir, un ciudadano... ¡no! ¿Qué es en España un elector? Un pobre señor que busca un destino, ya para sí, ya para alguno de sus hijos. ¿Qué es un hombre que quiere el suyo propio?

UN DUELO DE PEPE-HILLO, CON LA ESPADA DE GODOY



Fué en aquel tiempo galante de las manolas duquesas, que andaban de picos pardos en las noches de verbena. Doña Clara de Viluma era una rubia doncella, heráldica flor de lis de la más rancia nobleza. La damita era azafata de la reina y con ella iba á los toros, en calea.

◇ ◇

Pepe-Hillo era el espejo de la bravura torera. Al verle burlar la muerte con su capote de seda, tenía la linda rubia más moradas las ojeras. Y una tarde, en un billete de amor que portó una dueña, al galán citó una dama misteriosa, en la verbena...

◇ ◇

¡Sotillo del Manzanares que viste en dulce parcaja á Godoy con María Luisa y al torero y la duquesa! ¡La redcecilla del majo se enredó en las rubias trenzas, y el guardia de Corps, decía madrigales á la reina. Manzanares que les viste perderse entre la arboleda, ¿no es verdad? que como lirios eran verdades sus ojeras?

◇ ◇

Era un vizconde de Francia el galán de la doncella; por la dueña paranchina supo el vizconde su afrenta. Por toparlos y topando fué por toda la arboleda y arrojó su guante al rostro del cortijo de la bella. Recogió el guante, el torero que iba á la usanza plebeya, sin armas. Le dió su espada Godoy, para tal empresa.

◇ ◇

¡Nunca un lance más gallardo vió la monclova goyesca! Aquél vizconde de Francia muerto quedó en la arboleda. Presto cundió el devaneo de la manola duquesa. Doña Clara, hundió en su claustro para siempre su belleza. Así finó Pepe-Hillo su aventura romancesca con la espada de Godoy, una noche de verbena...

Emilio Carrere

«Pero, señor, ¿quién le motorá á ese hombre en eso?», oís que se dice de uno de esos llamados espíritus inquietos á quienes les da de pronto la humorada de sentirse ciudadanos, hombres verdaderamente civiles, esto es, humanos, preocupados del Destino de su patria ó siquiera de su aldea. Y se añade: «¿No tiene ya su destino? ¿Qué busca, pues? Y no les digáis lo más sencillo, lo más inmediato, cual es que busca vivir, porque para los tales, para los que así juzgan, vivir es estar destinado en Hacienda, en Fomento, en la Tabacalera ó en otra función así. Vivir para ellos es eso, es estar colocado.

Y este minúsculo destino viene á ser, si bien mira, tan trágico como es el otro, el gran Destino. Y lo más trágico del destino minúsculo, de la colocación, es que impide á los más encarrar y ver el otro, el mayúsculo, el gran Destino. El catecismo de la doctrina cristiana que nos enseñaron en la primera escuela resuelve ese pavoroso y eterno problema del Destino como lo resuelve todo, con cuatro palabras y con una sencillez que por lo sencilla es tanto más trágica, y es que pregunta: «¿Para qué viene el hombre al mundo?» Y en un santiamón responde sin vacilar: «Para servir y amar á Dios en esta vida y gozarle después en la eterna», y todo queda tan llano. Pero en la práctica de nuestra vida la contestación es otra: ésta: «para obtener un destino...» en las oficinas que sea. Y ese destino puede ser de escribiente cuarto ó de ministro. Es igual.

«Al fin, ¡gracias á Dios!» oí exclamar una vez cuando, al cabo, le hicieron ministro de la Corona á un desdichado que lo estuvo esperando y solicitando durante treinta años. Y ese pobre hombre—pensé—¿habrá alguna vez pensado en el Destino, en el otro, en el grande?

Esta lamentable clase media nuestra española, acervo de todo lo mediano, de todo lo mezquino, garba de pordiosería, de cobardía y de envidia, esta nuestra lamentable clase media—¡y tan media!—española, vive unida al yugo del destino minúsculo. La patria, cuyo supremo destino nada le importa, no es para ella más que una fábrica de destinos. Y en ella nacen todos predestinados á destinados, es decir, á borregos. Para eso se los educa; para eso se les instruye.

Desde que, mozo, entra en carrera el futuro funcionario público no piensa sino en el destino, pero en el minúsculo. Hay quien á los quince años tiene ya vocación de notario ó de juez ó de abogado del Estado ó de médico de partido ó de jefe de negociado de Gobernación. De lo que apenas tiene casi nadio vocación á los quince años es de ciudadano ó de hombre de ciencia ó de artista. Y menos de hombre. Alguno, por sentir á esa edad ya vocación de concejal ó de diputado provincial ó á Cortes ó tal vez de ministro, se cree con sentimiento de ciudadanía, con conciencia política. Pero no es más que el destino.

¿Sabéis lo que hace tan triste la tristísima y monótona vida de nuestras viejas ciudades muertas? ¿Sabéis lo que hace que la alegría de su juventud sea una alegría puramente exterior, puramente fisiológica, como la del canario enjaulado á quien se le da alpiste en abundancia? ¿Sabéis lo que hace que en esas nuestras viejas ciudades muertas españolas languidezcan tristemente y se ajen los pocos, los poquísimos espíritus á quienes el presentimiento del gran Destino les quita el sueño de la vida? Pues es que esos jóvenes de nuestras viejas ciudades muertas no piensan más que en el destino minúsculo, en el que les permitirá casarse, vegetar servilmente y procrear hijos destinados á lo mismo. ¡Y este sí que es destino trágico!

Miguel de Iñamuno